

CUANDO MI ZEIDE SE RETIRO A GALILEA

DAVID MAZEL

David Mazel residente en Seattle, Washington, remitió este artículo a la redacción de Sh'má.
Tomado de Sh'ma 11/225, Enero 8, 1982.

La última vez que vi a mi abuelo Benjamín Mazel en la despedida de un aeropuerto, era yo tan pequeño que cuando me tuvo en sus brazos debajo de su larga barba espesa, era cuestión de saber si sentía más mi peso o el de su barba. Me miró con una suave luz en sus ojos y me dejó explorar esa barba, separando ya una mancha de rojo otoñal ya una de gris-invierno, atisbando en lo profundo como en una selva. Luego dándome un beso me bajó, se despidió de sus otros nietos e hijos y abordó el avión para Israel.

Muchos años más tarde, pude sentarme junto a él en una colina dominando el mar de Galilea, una pequeña charca azul allí abajo, a la temprana luz de la mañana. Había cambiado poco. Su barba como nieve en invierno seguía siempre como selva. Sus hombros se habían inclinado ligeramente, pero seguían aún anchos y firmes. Con sus ojos, de azul-Galilea, contemplaba con tierno orgullo a nuestros acompañantes de la colina, las ovejas en majada. Eran las ovejas suyas, su majada. El abuelo Benny se hallaba en buena situación con su segunda ocupación, la lana. Primero había sido sastre, ahora pastor en Israel.

Nos habíamos encontrado en el aeropuerto de Lod, Tel Aviv, la noche anterior. Su abrazo fue tal, tal el apretón como para no dejar ninguna duda de que yo había crecido hasta el tamaño de un hombre. No hablamos mucho mientras me conducía en su jeep al kibutz donde vivía. Después de contarle las últimas noticias de familia, quedó callado aspirando profundamente el aire de Israel, tan tibio y oliendo a azahares.

En nuestro cuarto, apenas antes de apagar la vela, dijo: lo mismo me sucedió a mí en el primer momento de Israel. Israel puso su dedo sobre mis labios y me dijo: "shh, quédate quieto y piensa en dónde estás. Estás en el país de tus padres. No estás *soñando*. Estas aquí. Estás realmente aquí. Así que un poco de respeto por el milagro".

Una larga visita

Me sonrió en nuestra calma como diciendo, no te preocupes, todavía estás aquí. Y luego: no me dijiste David en tu carta cuánto tiempo estarás en Israel.

—Tanto como pueda, para ver lo mucho que pueda.

—Jerusalem por supuesto.

—Especialmente el Muro de los lamentos.

—No debes llamarlo Muro de los lamentos, David. Es el Muro occidental. Aquí no nos lamentamos. Rezamos bien y fuerte, de modo que Dios pueda oírnos, pero no nos lamentamos.

—En tal caso yo tampoco. Pero puedo llorar un poco cuando vea el Muro.

—Llora, no tengas vergüenza. El Muro es nuestro amigo más antiguo de la tierra. Pero te diré un secreto. Pienso que cuando el Muro nos ve por primera vez, también llora un poco.

—¿Cuál fue tu oración primera ante el Muro?

—Fue mi oración de toda la vida, David. La misma que rezaba en América sobre mi máquina de coser: por la llegada del Mesías.

Suspiró y dijo: pienso a veces que nosotros los seres humanos debimos hacer que Dios mismo se rascara la cabeza. Quiero decir que algunos oramos por la llegada del Mesías, otros creen que ya llegó antes y vendrá de nuevo, sin embargo algunos otros dudan de que exista del todo un Mesías.

—¿Y tú?

—Tengo esperanzas.

—¿Debo decirte lo que me enseñó Israel? A esperar, a mí Benny el sastre transformado en Benny el pastor.

—¿Es un cuento? Siempre me gustaron tus cuentos.

Asintió. Luego dirigiendo una mirada para estar seguro de que sus ovejas estaban bien, comenzó: Vine a Israel porque mi vida en América había terminado. Tu abuela que en paz descansa, había fallecido. Nuestros hijos habían crecido y tenían sus propias vidas.

—Puedes afirmar David, que ya no era feliz con la costura de toda mi vida. De modo que descosí todas las puntadas y me puse en marcha.

Quise trabajar con la gente joven en el kibutz. Cuando llegué a Israel era viejo y en este aspecto yo era casi un Salomón. Quería transformarme en un Salomón, en lo de sentirme joven de nuevo. Ser un pionero. Trabajar la tierra no pude. Pero oí de un kibutz que necesitaba un pastor y me presenté. Los jóvenes sacudieron la cabeza en mi presencia. ¿Qué podía saber un sastre viejo acerca de ovejas? Mejor que les hiciera camisas para trabajar o danzar.

Manos hechas para ovejas

Pero les dije que si un hombre pasó su vida cosiendo ropas, muchas de ellas de lana, las ovejas ¿no sabrían al tocarlas yo, que mis manos hicieron cosas hermosas con su lana, manos que honraron el fruto de ellas? Las ovejas ¿no seguirían a todas partes al hombre con manos para ovejas, dadas por Dios? De inmediato allí mismo dieron un ¡viva! y que yo era el pastor. No necesité un perro que me ayudara, ni aun un cayado. Las ovejas se me aficionaron rápidamente. Engor-

daron. Produjeron más lana. Miraban a su alrededor y sonaban la flauta que Dios les dio, esa desafinada pequeña flauta. Estaban contentas. Por mucho que fuera su compañía, David, y la de la gente joven, encontré aquí una compañía mayor aún. Una compañía santa. En América tuve siempre a Dios, Bendito sea. Pero aquí, tengo además de El, a nuestros padres. Siento sus presencias en todas partes, en esta calma, en este valle. Si vacilo, Abraham puede reforzarme. Si tengo temores, Isaac puede confortarme. Si estoy débil, Jacob puede fortalecerme. Si estoy quebrantado, Job puede componerme.

Fe en el Mesías

Y porque Dios tiene aquí tantos ayudantes para nuestros problemas terrenales, tiene más tiempo para pensar en los suyos celestiales. Nos olvidamos que El tiene el mayor problema —cuándo enviar al Mesías. ¿Debería enviarlo ahora para que el hombre no destruya al hombre y a este hermoso mundo que creó, o debería esperar un poco más, con la esperanza de que el hombre salvará al hombre antes de que sea demasiado tarde? Mi esperanza, David, es que cuanto más piense Dios acerca de esto, más pronto enviará al Mesías.

Se agitó un viejo recuerdo. Cuando era niño, dijo, soñé una noche con el Mesías. Se asemejaba a mi rabí, pero brillaba. Estaba sentado en una nube, sonriendo porque Dios acababa de decirle que era el momento de ponerse su abrigo y descender a la tierra. De modo que se paró, se puso el abrigo y empezó a abotonarlo. Me puse muy triste, había mirado todos sus botones y me pareció que eran más numerosos que las estrellas del cielo. Estaba seguro que le tomaría una eternidad para acabar.

Cuando desperté pregunté a mi padre por qué el Mesías debía llevar abrigo cuando viniera. ¿Acaso no podía venir con su pijama?

El *vendrá*, David. Pero no con todos sus botones abrochados, o montando un asno, según lo muestran en los viejos cuadros. Simplemente él ingresará en nuestros corazones. En un rato será escuchado y en el siguiente será admitido. En un rato la vida de todo el pueblo no importará y en el siguiente la vida de un simple ser humano será sagrada. Y Dios se regocijará con nosotros.

Un acto de amor

Nos quedamos callados, cada uno en su propia fantasía, en su propia oración. De repente una de las ovejas dio un grito. El abuelo Benny fue, la levantó, suavemente la izó sobre sus hombros de modo que sus patas anteriores y posteriores se cruzaran sobre su pecho. Sus manos la mantenían segura en su lugar. Está ansiosa de un jugo helado de naranja —dijo. Lo toma con una paja y debe hacerlo tres veces al día, estaré de vuelta pronto. Mientras tanto serás tú el pastor, como nues-

tro David de la antigüedad. Lo observé bajando la senda hacia el kibutz, tarareando fragmentos de una tonada de acompañamiento a la "desafinada pequeña flauta". Y no podía imaginarme cómo podría el Mesías hacer algo más hermoso para mi corazón, que el amor de este hombre por esa oveja.